

con motivo de la gloriosa fecha, y de otra de plata al señor don Juan Francisco Franco Quijano, por sus asiduos, inteligentes y tenaces trabajos en pro de la historia nacional, merced a paciente labor en el archivo y biblioteca del Colegio.

Bayona Posada recitó con elegancia y clara entonación la poesía premiada, y el público aplaudió con verdadero amor y sinceridad la merecida distinción que se hacía a Franco Quijano.

Una vez más patentizó el Colegio del Rosario que al soplo de sus enseñanzas perdura inextinguible el sacro fuego en que templó sus almas toda una generación de héroes y de mártires.

L. E. F.

---

## DISCURSO

DEL CATEDRÁTICO DOCTOR JUAN C. TRUJILLO ARROYO

Señores:

I

La vida de los pueblos tiene conmemoraciones gloriosas que evocan todo su pasado, tiene fechas augustas que rememoran sus hazañas y heroísmos y que despiertan en el corazón de sus hijos uno de los más nobles sentimientos del espíritu: el amor a la patria.

Hemos celebrado ya algunos centenarios gloriosos: el del primer grito de independencia, de 1810; el sacrificio de los mártires en 1816 a 1818, el voluntario y glorioso de Ricaurte, y hoy cúmplenos celebrar el más trascendental de todos: el de la famosísima batalla que selló nuestra independencia nacional, aseguró nuestra libertad y nos dio un hogar propio en la sociedad de las naciones.

Esta conmemoración reúne en sí todas las excelstudes de la magna guerra y es un maravilloso com-

pendio de las glorias patrias; ella fue la culminación de todos los sacrificios: el sol de Boyacá alumbró la célebre contienda, dispersó para siempre las sombras de esclavitud en que gemía la Nueva Granada, y sus rayos esplendorosos dieron luz y vida a la naciente República traspasando los lindes patrios y fueron a iluminar a nuestros hermanos de Venezuela, del Perú y del Ecuador, quienes vieron en aquel triunfo la alborada del día en que la libertad principiaba a derramar efectivamente sobre América «las auroras de su invencible luz.»

Por ello esta fiesta es también la fiesta de los pueblos hermanos; uno mismo fue el cerebro creador y uno el brazo fuerte en Boyacá, en Carabobo, en Junín, en Ayacucho y Pichincha; y las dianas vencedoras del Puente anunciaron también la hora de redención para sus nacionalidades.

Esta fecha tiene además, señores, otra significación altísima: marca la primera etapa de nuestra vida independiente bajo el pendón de la República, al amparo de instituciones democráticas y de leyes tutelares de los derechos individuales y colectivos; ella fue el punto de partida en la transformación política del país, la que tornó al esclavo en ciudadano y a los colonos en señores; la que levantó el espíritu oprimido de los patriotas, después de tantos reveses, florecencia maravillosa del árbol plantado en 1810 y abonado con sangre de mártires sin cuento.

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, el histórico instituto de Fray Cristóbal de Torres, en donde tantas generaciones han abrevado en inagotables fuentes la ciencia cristiana y la libertad en la justicia en que supieron cimentarlo sus fundadores, ha querido también aportar su ramo de laurel en la glorificación de los hechos faustos que Colombia celebra en este día; porque su historia es la historia misma de la República, porque fue el *alma mater* donde sus próceres y mártires esclarecieron su inteligencia con las sabias

enseñanzas de la filosofía tomista; aquí donde templaron sus corazones con el fuego sacro de la religión para no trepidar en las cruentas luchas por la libertad; aquí en donde pasaron las angustias del martirio próximo, en este santuario venerando, donde se adora al Dios de los Ejércitos y se reverencia a la Reina de los Cielos, bajo la advocación del Rosario, la misma que dio valor y fuerza hasta el patíbulo a los hijos epónimos de la patria.

Aquí vienen a nuestra memoria con las de los próceres, las figuras venerandas de un Fray Cristóbal de Torres, de un Ponce de León, de Mutis y de toda esa pléyade de varones doctísimos, que con la alteza de sus enseñanzas prepararon los surcos para que en ellos germinasen las simientes de la libertad; aquí contemplamos las generaciones que desfilaron bajo estos claustros formando sus caracteres en las tradiciones y ejemplos gloriosos, modeladores del caballero cristiano: la fe en Dios y la fe en el ideal. En esta fragua sagrada se templaron caracteres tan enteros como el de Caldas, el naturalista y matemático; de Camilo Torres el orador y jurisconsulto, ese verbo ardiente de la epopeya granadina, émulo de Catón y de Demóstenes en la virtud y en la elocuencia; el ilustre Cayzedo y Cuero, protomártir de nuestra independencia, y tantos otros, héroes y mártires de aquilatado espíritu, sedientos de libertad, en cuyos pechos ardía el fuego del patriotismo y cuyas mentes fecundas y nutridas en sabias disciplinas fueron la antorcha que iluminó a todos los patriotas en el prolongado viacrucis de nuestra emancipación.

Esa edad robusta y vencedora ha pasado ya; los descendientes de la España cristiana y heroica, los fundadores de nuestra nacionalidad pasaron también; mas su obra nos resta incólume y sagrada. Es la rica herencia de nuestros mayores que hoy reavaluamos alborozados en esta fiesta de la familia colombiana.

Para poder apreciar en su justo valor, para descubrir los tesoros que encierra esta obra grandiosa,

precisa estudiar a los hombres que nos la legaron, examinar el medio histórico en que se realizaron sus empresas, hacernos por un momento convivientes de los héroes invictos, acompañando a nuestros padres en la gestación de la República, asistir, imaginativamente, plenos de entusiasmo a la jornada de Boyacá, levantar el corazón rebosante de alegría en consorcio con los corazones santafereños en la recepción de Bolívar victorioso; y así, al través de un siglo asistir en espíritu a los hechos admirables que hoy se conmemoran, para que nosotros seamos así, por un momento, mártires con nuestros mártires y triunfadores con nuestros triunfadores inmortales.

Entre tantos varones eximios que ostentan en su pecho o llevan en su alma indeleblemente impreso el histórico escudo de Calatrava, insignia de este instituto, su Rector y restaurador, el ilustre nieto de Ortega y Nariño, del valeroso oficial del Ejército patriota, que dejó escrita con su espada una de las páginas más brillantes en la historia de Venezuela, ha querido que yo os conduzca por unos minutos al glorioso campo de la historia nacional, que refresque en vuestra memoria las hazañas de los triunfadores de Boyacá, y sea mi desmañada palabra eco fiel de los sentimientos que abrigan estos claustros centenarios; nobilísima distinción, inmerecida sí, para quien ajeno al cultivo de tan hermosas disciplinas, no tiene aquí más títulos que el amor a la tierra de sus mayores y un cariño acendrado a este ilustre Colegio en donde recibió tantos ejemplos de ciencia y de virtud.

Corría el año de 1818; la Nueva Granada bajo el yugo español personificado en el feroz virrey don Juan Sámano quien mantenía al país entero y más aún a la ilustre Santa Fé en terrible inquietud; los recientes fusilamientos de Miguel de Pombo, José Gregorio Gutiérrez, Emigdio Benítez, Jorge Tadeo Lozano, Caldas, Torres, Casa-Valencia, Policarpa Salabarrieta, que aquí mismo tuvieron su capilla, y de tantos otros; las humi-

llaciones sufridas por las esposas y madres de los patriotas; los calabozos repletos de insurgentes, el destierro de las familias más salientes y honorables, daban a esta ciudad colonial un aspecto severo, de tristeza y amargura, que no alcanzaban a velar las aparatosas fiestas con que los virreyes y oidores celebraban las faustas efemérides de la monarquía española.

Cada lugar recordaba un hecho luctuoso, una escena sangrienta y conmovedora; los sitios de los patibulos humedecidos se hallaban con sangre patriota e impregnados por el recuerdo vivísimo de todas las angustias del martirio: en las noches calladas y tranquilas parecían desfilar por entre los muros de las calles las sombras de las víctimas, cuyo calvario para muchas de ellas había principiado bajo estos mismos techos, para terminar en las plazas de la ciudad.

Agregad, señores, aquella alegría fementida que algunos americanos, por merecer los favores del poderoso virrey, aparentaban en reuniones y fiestas; las conciencias atormentadas por el recuerdo de tántas vidas sacrificadas injustamente, y terminaréis por daros cuenta del estado de los espíritus de los moradores de nuestra amada Santa Fé por aquellos tiempos: la presencia del ejército expedicionario peninsular en nuestro continente; la ausencia del Libertador en busca de un suelo menos amenazado y más propicio para el desarrollo de sus vastos planes militares; los reveses sufridos por las armas republicanas en Venezuela, terminarán por daros una idea más exacta de la situación de Nueva Granada un año antes de la magna batalla.

Bolívar, ese genial vidente del futuro, en su intuición maravillosa, comprendió cuán desgraciada era la suerte de este noble país, apreció el esfuerzo del valeroso granadino Francisco de Paula Santander, quien imperturbable y sereno levantaba por todas partes el ánimo de los patriotas, alistaba voluntarios y preparaba el ejército que debía contribuir a nuestra liberación: la empresa era magna, y las manifestaciones de las provincias

que ansiaban tomar las armas en defensa de la República, nuevamente encontraron eco en el corazón de Bolívar, quien el 19 de agosto de aquel año escribía al general Páez, brazo potentísimo de la guerra, su resolución definitiva: «esta campaña, que debe producir tanto a la Nueva Granada como a Venezuela incalculables ventajas»; mucho antes también, en 15 de septiembre de 1817, le decía, refiriéndose a la destrucción de la escuadra española en el Orinoco: «Este golpe decisivo sobre la marina enemiga, nos da una preponderancia eterna y fija irrevocablemente el destino de Guayana, Barinas y aun el de la Nueva Granada.»

La idea del Libertador iba a realizarse; el 26 de agosto de aquel año enviaba al general Santander para Casanare acompañado de los comandantes granadinos Joaquín París, Antonio Obando y Vicente González a preparar la invasión libertadora, llevando, para elevar los espíritus de los pueblos y enfervorizarlos en el fuego de la libertad, la siguiente proclama, llena de inspiración y de encendido amor patrio:

«Granadinos! Ya no existe el ejército de Morillo; nuevas expediciones que vinieron a reforzarlo tampoco existen. Más de veinte mil españoles han empapado la tierra de Venezuela con su sangre. Centenares de combates gloriosos para las armas libertadoras han probado a la España que la América tiene tan justos vengadores, como magnánimos defensores. El mundo asombrado contempla con gozo los milagros de la libertad y del valor contra la tiranía y la fuerza. El imperio español ha empleado sus inmensos recursos contra puñados de hombres desarmados y aun desnudos; pero animados por la libertad; el cielo ha coronado nuestra justicia; el cielo, que protege la libertad, ha colmado nuestros votos, y nos ha mandado armas con qué defender la humanidad, la inocencia y la virtud. Extranjeros generosos y aguerridos han venido a ponerse bajo los estandartes de Venezuela. Y, ¿podrán los tiranos continuar la lucha, cuando nuestra resistencia ha disminu-

do su fuerza y aumentado la nuestra? La España, que aflige Fernando con su dominio exterminador, toca a su término; enjambres de nuestros corsarios añiquilan su comercio: sus campos están desiertos, porque la muerte ha segado sus hijos; sus tesoros agotados por veinte años de guerra; el espíritu nacional anonadado por los impuestos, las levas, la inquisición y el despotismo. La catástrofe más espantosa corre rápidamente sobre la España.

«Granadinos! El día de la América ha llegado, ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos. Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas algunas provincias de vuestro territorio, y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, arrojará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período; sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la libertad.»

Empezó entonces, señores, una de las más bellas empresas que registra la historia nacional: una campaña verdaderamente épica, digna de los tiempos de Aníbal o de César el agosto: los ríos desbordados, los pantanos que impedían la marcha; el clima ardiente e insalubre; una tropa fatigada por el rigor de las batallas sin descanso; sin víveres ni vestidos; la naturaleza con los mil peligros y obstáculos que allí ofrece, parecía oponerse a la magna empresa; era que la Providencia quería probar una vez más el esfuerzo tesonero de aquellos soldados y prepararlos a una victoria pródiga y fecunda. Las moles de los Andes eran murallas que parecían colocadas allí por dioses mitológicos para impedir el paso: más, no importa! que adelante va Bolívar al frente de su ejército animándolo con su verbo y fortaleciéndolo con su ejemplo; el Ande inexpugnable, oscuro, orgulloso en sus alturas, también está vencido, pues

que el pabellón tricolor flota ya en las alturas heladas de Pisba!

Atravesadas las llanuras de Casanare, vencidos los Andes, el ejército libertador que desde Tame había sido reforzado con las tropas granadinas al mando de Santander, llegó a la población de Socha en donde acampó frente al ejército español, comandado por Barreiro. Los pueblos de la provincia de Tunja, entusiastas y generosos, ofrecieron a aquel ejército cuanto tenían: sus vidas y haciendas; a ese auxilio poderoso, eficaz y oportuno, debe nuestra patria, en gran parte, el éxito de la campaña libertadora y un recuerdo justiciero hacia tan noble ejemplo de desprendimiento y patriotismo.

Merced a habilísimas maniobras, en las cuales se reveló una una vez más el genio militar del Libertador y de sus generales Santander, Soublette y Anzoátegui en el río Gámeza, el enemigo se vio amenazado en su flanco izquierdo, abandonó sus posiciones de los Molinos de Tópaga, y vino a situarse en el camino de Tunja a Santa Fé, siguiendo su plan de permanecer a la defensiva, esquivando los combates; para así dar tiempo a las fuerzas de La Torre que debían venir en su auxilio.

La conducta del jefe español inquietaba a Bolívar, y ante el temor de los esperados refuerzos realistas resolvió atacar al enemigo dirigiéndose por la vía del salitre de Paipa, a fin de obligarlo a presentar batalla campal; atravesado el río Sogamoso, el 25 de julio al medio día se encuentra con el ejército español en el Pantano de Vargas; allí los dos ejércitos en lucha titánica se disputaron tenazmente la victoria; el heroísmo de los coroneles Rook y Rondón salvó la causa con una formidable carga de caballería; batalla cruentísima, en la cual se desplegó de ambas partes un denuedo, un valor rayano en delirio; esta acción de guerra abrió a los patriotas las puertas de Tunja, y fue víspera gloriosa de Boyacá. ¡Llor al bravo comandante del escuadrón de lanceros de Llano arriba y al del batallón

Albi3n, cuyas banderas empapadas en sangre y ennegrecidas con el humo del combate, se cubrieron de laureles inmarcesibles!

El ej3rcito enemigo despu3s de esta derrota se situ3 en el poblado de Paipa, de donde fue desalojado el d3a 3 de agosto. Al cerrar la noche los patriotas cruzar el r3o Sogamoso y acampan a media legua del ej3rcito de Barreiro; vuelven a sus anteriores posesiones de Bonza, repasan por la tarde el r3o y a la noche Bol3var da contraorden, y dejando al enemigo a retaguardia emprende marcha hacia Tunja por el camino de Toca. Al amanecer del d3a 5 la ansiada ciudad de Su3rez Rond3n ca3a en su poder: los viejos muros de la ciudad colonial se estremecieron de gozo al paso de los libertadores. Este cordial recibimiento inspir3 a Bol3var en carta dirigida al Vicepresidente de las provincias libres de la Nueva Granada, las siguientes fervorosas l3neas: «Tunja! esta ciudad es heroica; en ella la reacci3n del esp3ritu ha sido proporcionada a la opresi3n terrible de tres a3os. El clero secular y regular, los monasterios de religiosas, los funcionarios, los ni3os, los pobres, las mujeres, hasta los moribundos se han acercado a m3 enajenados y me han abierto su coraz3n. Yo no he hallado en todo esto el lenguaje de la lisonja, sino la expresi3n del candor y del sentimiento de los bienes que trae consigo la libertad. En este pueblo entusiasta de sus derechos, sin afectaci3n, he visto el foco del patriotismo y creo que ser3 el taller de la libertad de estas provincias.»

Ante aquel inesperado triunfo Barreiro resolvi3 interponerse entre Bol3var y Sant3 F3; pues la capital del virreinato se hallaba en peligro inminente de caer en manos de los patriotas; el d3a 7 march3 con direcci3n al puente de Boyac3 por la v3a occidental.

De los caminos que conducen de Paipa para Bogot3 el mejor se hallaba en poder de Bol3var, el otro, que pasa por el oeste de la ciudad de Tunja, en poder de Barreiro; estas v3as se juntan en el puente de Bo-

yac3, sitio destinado por la Providencia para teatro del duelo imponente que deb3 verificarse en esta efem3ride decisiva de nuestra suerte como naci3n.

Bol3var adivin3 el plan estrat3gico de Barreiro y sali3 a su encuentro; el desarrollo de esa gloriosa jornada nos lo describe con una precisi3n y agilidad admirables el Jefe de Estado Mayor, general Soublette en el parte oficial del d3a. Oig3mosle algunos de los detalles m3s salientes escritos entre los fragores del combate:

«El enemigo intent3 un movimiento por su derecha, y se le opusieron los *Rifles* y una compa3a inglesa. Los batallones 1.º de Barcelona y Bravos de P3ez con el escuadr3n de caballer3a del Llanoarriba, marcharon por el centro. El batall3n de l3nea de Nueva Granada y los gu3as de retaguardia se reunieron al batall3n de Cazadores, y formaban la izquierda. La columna de Tunja y la del Socorro quedaron en reserva.

En el momento se empe3n3 la acci3n en todos los puntos de la l3nea. El general Anzo3tegui dirigi3 las operaciones del centro y de la derecha: hizo atacar un batall3n que el enemigo hab3a desplegado en guerrilla en una ca3ada, y lo oblig3 a retirarse al cuerpo del ej3rcito, que, en columna sobre una altura, con tres piezas de artiller3a al centro y dos cuerpos de caballer3a a los costados, aguard3 el ataque. Las tropas del centro, despreciando los fuegos que hac3an algunos cuerpos enemigos situados sobre su flanco izquierdo, atacaron la fuerza principal. El enemigo hac3a un fuego terrible; pero nuestras tropas, con movimientos los m3s audaces y ejecutados con la m3s estricta disciplina, envolvieron a todos los cuerpos enemigos. El escuadr3n de caballer3a del Llanoarriba carg3 con su acostumbrado valor, y desde aquel momento todos los esfuerzos del general espa3ol fueron infructuosos; perdi3 su posici3n. La compa3a de Granaderos a caballo (toda de espa3oles) fue la primera que cobardemente abandon3 el campo de

batalla. La infantería trató de rehacerse en otra altura, pero fue inmediatamente destruída. Un cuerpo de caballería que estaba en reserva aguardó la nuéstra con las lanzas caladas, y fue despedazado a lanzasos; y todo el ejército español en completa derrota, y cercado por todas partes después de sufrir una gran mortandad, rindió sus armas y se entregó prisionero. Casi simultáneamente el señor general Santander, que dirigía las operaciones de la izquierda, y que había encontrado una resistencia temeraria en la vanguardia enemiga, a la que sólo le había opuesto sus Cazadores, cargó con unas compañías del batallón de línea y los guías de retaguardia, pasó el puente y completó la victoria.»

En estos momentos de inefables recordaciones volemós con el espíritu hacia aquel campo que hoy hace un siglo presenciaba la magna epopeya de Boyacá. Levantemos los corazones ungidos en el más puro patriotismo e inflamados en el deseo ardiente de asistir a este sacrificio cruento por la libertad americana. Y veremos allí a Bolívar, el genio de la guerra de Independencia, en su negro corcel impartiendo órdenes, dirigiendo los movimientos estratégicos, con ese valor, con esa precisión, que distinguen al héroe; él había aprendido en la escuela de las batallas el arte de la guerra, como dice el célebre historiador Duarte Levél: «En el Apure la guerra de ardides y engaños y el movimiento de cuerpos ligeros de caballería sobre los flancos; el combate de la Gamarra le enseñó a ser cauto en el ataque; el fracaso de 1818 le enseñó a avanzar siempre con cautela; la Puerta le mostró la necesidad de oficiales de infantería; y en 1819, empleó todos los ingleses que tomaron servicio en la causa patriota, con lo cual los batallones adquirieron la consistencia requerida.»

Bolívar, como decía su mismo enemigo el general Morillo refiriéndose a esta jornada, «en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una

sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates.»

El plan concebido en el pueblo de Setenta tuvo una realización asombrosa: la victoria condujo sus huestes de triunfo en triunfo, contra fuerzas muy superiores en número; la campaña de 1819 quedaba grabada con letras de oro en la historia de la patria.

Santander, el «Águiles granadino,» el infatigable patriota a quien Bolívar consideró como el más hábil para desarrollar sus vastos planes sobre Nueva Granada, de temple de héroe y alma de gigante, que con bravura de león dirige el ala izquierda, y se lanza intrépido en medio del combate desafiando los fuegos enemigos, y Anzoátegui, el noble descendiente de aguerridos Vascos con los bríos de una juventud sedienta de victorias, que comandaba el ala derecha, son los dos paladines con que el Libertador lleva a cabo el triunfo de aquella tarde memorable, en que el sol al esconderse tras el horizonte de los campos de batalla, marcó en el horario de los tiempos la perpetua redención de Nueva Granada.

Y Carlos Soublette, el compañero abnegado del precursor de la emancipación venezolana, general Miranda, a quien acompañó en sus triunfos y reveses de 1812; defensor heroico del castillo de la Popa, expedicionario en Ocumare; quien supo demostrar como Jefe de Estado Mayor ser el veterano auxiliar de Bolívar desde sus primeras campañas de Venezuela, cuando luchaba por libertar a su patria del ominoso yugo de Monteverde.

Y «los cosacos de la llanura,» los aguerridos llaneros que al mando de Rondón, Infante, Cruz Carrillo y Mujica, «tuvieron el valor que les daba la desesperación,» según palabras del español Barreiro, fueron brazos poderosísimos que secundando la concepción estratégica de Bolívar, y con el batallón Albión de británicos aguerridos y tenaces, se cubrieron de laureles en esta jornada.



Abandonemos, por un instante, el campo en donde tan heroicas hazañas se realizaban y volvamos a nuestra Santa Fe, el día de la entrada victoriosa de Bolívar.

La noticia del triunfo patriota había llegado a la capital en la noche del domingo 8 de agosto traída con gran premura por los oficiales del ejército realista Martínez de Aparicio y Juan Barrera; cundió el pánico entre los españoles, quienes no podían olvidar en aquellos momentos las injusticias pasadas, los horrores de 1816, y no pensaron entonces sino en salvar sus personas, saliendo en precipitada emigración por distintas vías hacia el puerto de Cartagena de Indias.

El ejército patriota entró en la capital en la tarde del 10 en medio del alborozo de todos los patriotas que veían llegado ya el día de su liberación definitiva; la ciudad entera ardía de entusiasmo, de ferviente admiración hacia los bravos luchadores que después de tántas fatigas venían a romper las cadenas de esclavitud que la habían agobiado, y a anunciarle al bélico són de sus trompetas y clarines la caída del poder español y el advenimiento de la República; el recuerdo de las víctimas sacrificadas, enardecía los espíritus en un santo amor hacia la libertad por cuyo advenimiento se sacrificaron y que hoy les ofrendaba Bolívar al frente de sus ejércitos.

Las demostraciones del júbilo se sucedían sin interrupción y después de un paseo triunfal se celebró un solemne *Te Deum* en la metrópolixana al Dios de las batallas, vencedor en Boyacá; bajo sus naves la multitud llena de santo fervor elevaba sus preces y lágrimas de reconocimiento hacia el Todo Poderoso que había guiado los pasos del Libertador desde las llanuras de Casanare, de victoria en victoria; el 18 de septiembre después de una brillante apoteosis del ejército en la plaza mayor, en donde fueron entregadas en medio de manifestaciones delirantes de entusiasmo, medallas y coronas a los triunfadores, dirigía Bolívar a los granadinos esta proclama en donde anunciaba su

propósito de continuar en la campaña libertadora a la vez que hacía votos por el establecimiento de la República, y por el reinado de la libertad, conquistada después de innúmeros sacrificios:

«Granadinos: Desde los campos de Venezuela, el grito de vuestras aflicciones, penetró mis oídos, y he volado por tercera vez con el ejército libertador a serviros. La victoria marchando siempre delante de nuestras banderas, nos ha sido fiel en vuestro país, y dos veces vuestra capital nos ha visto triunfantes. En ésta como en las otras, yo no he venido ni en busca de poder ni de gloria. Mi ambición no ha sido sino libraros de los horribles tormentos que os hacían sufrir vuestros enemigos y restituirlos al goce de vuestros derechos para que instituyáis un gobierno de vuestra libre elección. El Congreso general residente en Guayana, de quien dinama mi autoridad y a quien obedece el ejército libertador, es, en el día de hoy, el depositario de la soberanía nacional de venezolanos y granadinos. Los reglamentos y leyes que ha dictado este Cuerpo legislativo son los mismos que os rigen, y son los mismos que he puesto en ejecución.

Granadinos: La reunión de Nueva Granada y Venezuela en una República, es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana. Pero este acto tan grande y sublime, debe ser libre, y, si es posible, unánime por nuestra parte. Yo espero, pues, la soberana determinación del Congreso para convocar una Asamblea nacional que decida la incorporación de Nueva Granada; entonces, enviaréis vuestros diputados al Congreso general o formaréis un gobierno granadino; yo me despido de vosotros, por poco tiempo; Granadinos: Nuevas victorias esperan al ejército libertador, que no tendrá reposo mientras haya enemigos en el norte o sur de Colombia. Entre tanto, nada tenéis que temer; yo os dejo valerosos soldados que os defiendan; ma-

gistrados justos que os protejan y un Vicepresidente digno de gobernaros.

Granadinos: Hoy ocho de vuestras provincias respiran la libertad: conservad ileso este sagrado bien con vuestras virtudes, patriotismo y valor. No olvideis jamás la ignominia de los ultrajes que habéis experimentado, y vosotros seréis libres.»

## II

Como Augusto César, como Bonaparte, Bolívar no fue solamente el genio de la guerra, que lo fue también en las artes de la paz. Como aquéllos fue a un tiempo mismo el tribuno elocuente, el sabio organizador, en una palabra el hombre de Estado. Vedlo en sus mensajes a los Congresos, vedlo en sus proclamas, cuando declara los principios humanitarios sobre abolición de la esclavitud; vedle a raíz de las épicas jornadas de Boyacá y Carabobo, cómo prepara la organización constitucional de la gran nacionalidad unida, con la convocatoria del Congreso de Cúcuta; y mientras acude presuroso a libertar las otras repúblicas, aprovecha su genio la llegada a Venezuela del precursor de la independencia, el egregio Antonio Nariño, para encargarlo del gobierno y la instalación del aquel congreso; al más antiguo y meritorio entre nuestros próceres para presidir a la fundación de la patria grande, para vaciar en un molde amplísimo, bien que en forma más práctica, los principios que informan los derechos imprescriptibles del hombre y del ciudadano, que él había dado a conocer en Santafé bajo el régimen del Terror! De esos derechos y deberes cuyo apostolado costó hondas amarguras y largas prisiones al Precursor de la libertad.

Adoctrinados por las duras lecciones de la experiencia en los dos lustros precedentes, cuando las tendencias federalistas habían ahogado en germen los esfuerzos de organización, los constituyentes del Rosario de Cúcuta pensaron que para dar a la nación la fuerza

y respetabilidad necesarias y para andar con paso más firme en la reconstrucción sobre las ruinas que la guerra amontonara, preciso era organizarse sobre la base sólida de la unidad nacional; centralización política, con una limitada descentralización administrativa; tal fue el espíritu de esa ley fundamental expedida en 1821, que, «en el nombre y bajo los auspicios del Sér Supremo», reunía en un solo cuerpo de nación a los pueblos de Venezuela y Nueva Granada, con un gobierno popular, representativo, bajo la misma denominación que hoy tenemos, de la República de Colombia.

En ese Estatuto se proclamó entre otros cánones fundamentales (de acuerdo con la sabia doctrina de Montesquieu) la división del Poder supremo nacional en tres ramas separadas: la ejecutiva, la legislativa, y la judicial.

Allí fueron electos Bolívar y Santander presidente y Vicepresidente de la Gran Colombia.

Observa un docto publicista (1) que un gran número de hombres eminentes figuraron en aquel Congreso, todos unidos por el sentimiento patriótico, el amor a la independencia y a la República, bien que más o menos adictos, unos al régimen militar otros al civil, y a cual más impacientes por establecer reformas políticas y sociales; por lo cual no iban a tardar mucho en hallarse separados en campos bien distintos. Mas no era el Libertador que pretendiese hacer prevalecer el militarismo. Oíd sus palabras salidas del corazón, ante el mismo Congreso de Cúcuta: «Yo soy el hijo de la guerra, el hombre que los combates han elevado a la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado; pero estos no son los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional. La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea; es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo

(1) J. M. Samper.

deja caer a la tierra para el castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de la paz, y este debe ser el último de mi poder, porque así lo he jurado para mí, porque así lo he prometido a Colombia y porque no puede haber República donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades...Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra y aquél emana de las leyes. Cambiadme, señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano.»

Cuánto desprendimiento, cuánta abnegación, cuánta grandeza de alma!

El nuevo código fundamental de la Gran Colombia se distinguía de los que se habían ensayado en las provincias granadinas en que se desterraba de aquél todo lenguaje ampuloso y toda aglomeración de teorías revolucionarias al estilo francés. En esta nueva constitución, bien que informada en los mismos principios republicanos, el lenguaje es muy preciso y adecuado, su espíritu es práctico y de una seriedad perfecta. La alocución del congreso a los colombianos, de que va precedido el texto, preconiza el respeto a la religión católica, apostólica romana, «que todos profesamos,—dice—y nos gloriamos de profesar». «Ella ha sido—agrega—la religión de nuestros padres, es y será la religión del Estado.»

Los principios fundamentales que ese Estatuto contiene sobre soberanía nacional, sufragio, organización del Ejecutivo y formación de las leyes, responsabilidad de los funcionarios, garantías sociales, y públicas libertades, son de un orden elevado y netamente jurídico, no obstante la época remota en que se actúa, que bien pueden compararse en parte a lo menos, con las formuladas doce lustros después por nuestros constituyentes de 86. Aquellas instituciones, sin ser obra de Bolívar llevaban impreso el sello de su genio crea-

dor que venía inspirándolas: el genio de Bolívar, que se anticipaba a su época.

Algo semejante tuve ocasión alguna vez de observar con respecto a este claustro inmortal: que su egregio fundador el Arzobispo Cristóbal de Torres, (cuya efigie aquí nos preside), vidente al par de Bolívar, pues ambos tenían la visión del genio, había realizado en sus constituciones fundadoras del Colegio, en pleno siglo XVII, y bajo el régimen de hispana monarquía, el más acabado modelo de la República.

Mas no perduró en nuestra patria el inicial estatuto, ni tampoco el perfeccionado en 1830 por el Congreso admirable; y se disolvió la Gran Colombia, aquel hermoso ideal de Bolívar. Se había exagerado la centralización, no sólo en lo político, sino también en lo administrativo, en un vastísimo territorio. De allí en adelante la historia constitucional de Nueva Granada con los seis estatutos subsiguientes, no viene a ser otra cosa que el flujo y reflujo de un mar agitado por las pasiones de la política; la acción y la reacción entre dos opuestas tendencias: centralismo y federación; pues, como lo observa con acierto uno de nuestros constituyentes del 86, durante los tres primeros cuartos de siglo de nuestra vida independiente, la revolución en Colombia había sido constante, comoquiera que, cuando no se patentizaba con las violencias de la guerra civil, subsistía latente en las ideas, en las aspiraciones extremas de los partidos, en la inestabilidad de las instituciones mismas y de los varios intereses; y cuando la acción revolucionaria se extremaba en sus tendencias democráticas, la reacción venía a enfrenarla y balancearla en favor de la autoridad; y a su vez cada exceso prolongado en el ejercicio de ésta, hacía germinar nuevos conatos de revolución. Así puede sintetizarse la historia constitucional de nuestro país, desde 1810 hasta las reformas centenarias: acciones y reacciones sucesivas entre opuestas tendencias, al rededor siempre del principio republicano.

Cumplida esta centuria independiente con el ensayo sucesivo de esos sistemas, y amoldado el país a un régimen central moderado cual lo lleva en sí la Constitución vigente, parece ha llegado ya a su mayor edad nuestra patria; que cerrado el templo de Jano en más de tres lustros, y mediante Dios para siempre, por virtud de amarga experiencia, se ha abierto la era de los debates pacíficos entre los opuestos partidos, precursora de altos progresos en lo moral y en lo material; y ofrenda la más alta que hoy puede hacerse como un homenaje a los fundadores de esta nacionalidad colombiana, al celebrar su centenario. Nuestro país, merced a su cordura, marcha hoy a la vanguardia de la civilización en hispano-américa, entendiéndolo por civilización, basada en los altos ideales del cristianismo, la verdadera conciencia de sus destinos presente y futuro en el concierto de las naciones, así como cordura y reflexión, ya habituales al través de las épocas angustiosas de prueba. Y si hemos de acoger la opinión de un notable publicista de vecina república (1), las causas de las guerras civiles se van atenuando en la América hispana a pesar de su imperfecta organización política. Hay en la actualidad una corriente de optimismo que consuela y anima, y que no es una mera ilusión, porque se ve surgir una aurora de renacimiento en estas horas solemnes de reconstrucción mundial. ¿Y cómo no ha de ser nuestro país uno de los predestinados por la Providencia divina para alcanzar días mejores, si aquí tanto en lo espiritual como en lo político se han dado muestras de gran fe y de alto patriotismo?

En la ley de rotación que se observa en la historia de los pueblos, se advierte que las viejas civilizaciones han cedido siempre el paso a las nuevas: tenemos, sin necesidad de remontarnos hasta Nínive y Babilonia, la historia de Grecia y de Roma, cuyo engrandecimiento

(1) R. Blanco Fonbona.

progresivo llegó al apogeo; pero esas grandes nacionalidades vinieron a menos, ora por la soberbia y corrupción de costumbres; ora por una ley de compensaciones manifiestamente providencial. Hoy la Europa desangrada y exánime, a raíz de la hecatombe mayor que hayan presenciado los siglos, busca nuevas orientaciones en un medio propicio. Una inmigración bien seleccionada puede traer grandes elementos de bienestar; y esa inmigración de excelentes empresas y gentes útiles, será atraída a nuestro país no sólo por sus riquezas materiales inexploradas—que son por cierto copiosas—sino más y mejor por la actitud previsora y discreta asumida aquí ante el contagioso vértigo de destrucción que conmovía el mundo en el pasado cuatrienio. España y Suiza, Holanda, Suecia y Dinamarca en Europa, fueron modelos de esa cordura que en la América supo observar Colombia, como la más previsora entre sus hermanas del Continente.

¡Plegue al cielo, oh hermosa tierra de mis mayores, amada Patria mía, que hora por hora sea más fecunda la obra realizada por nuestros próceres libertadores en luengos años de rudo batallar! ¡Quiera Dios que en el alma colectiva de la nacionalidad colombiana viva siempre palpitante el espíritu que inflamó las almas de esos guerreros que en el Puente legendario de Boyacá dieron al mundo viejo y al mundo nuevo el más sublime testimonio de lo que valen la constancia y la entereza en medio de las mayores dificultades de la vida; de lo que procura el esfuerzo paciente y heroico; y más que todo, de las alturas que se alcanzan y dominan cuando llevamos la mirada puesta en Dios y en el Ideal, aunque vayamos dejando un hilo de sangre sobre los guijarros punzadores del camino!

Somos un pueblo pobre, como pobres y desnudos estaban los valientes del 7 de agosto de 1819; como ellos hemos atravesado vías de infortunio y de dolores; como ellos en los páramos y ventisqueros inclementes, hemos sentido el frío de las decepciones y también el

frío de los puñales que han herido el corazón de la patria; como ellos hemos llorado muchas tristezas, pero como ellos también conservaremos las energías del alma, y sabremos al amparo de la Providencia Divina continuar por la ruta triunfadora, sin una claudicación cobarde, y manteniendo siempre la mirada fija en el Dios de las Naciones y la memoria en los hechos de nuestros héroes inmortales!

---

## GRADOS EN AGOSTO

Tres de nuestros convictores recibieron el doctorado en jurisprudencia durante el mes pasado: don Arcadio Supelano Medina, natural del departamento de Boyacá, quien escribió sobre *Error, fuerza y dolo como vicios del consentimiento en materia civil*; don Carlos Goenaga González, oriundo del Magdalena, y cuya tesis versó sobre *Capacidad para comerciar de la mujer casada*; y don Luis Martínez Mutis, santandereano, quien disertó sobre *Seguros*.

Los nuevos doctores se habían señalado como excelentes estudiantes en las aulas, y presentado muy satisfactorios exámenes; las tesis fueron honrosamente calificadas por los profesores encargados de juzgarlas.

Vayan nuestros amigos con el favor de Dios y el amparo de Nuestra Señora del Rosario, como parten acompañados de los cariñosos recuerdos de sus maestros y de sus discípulos.

